

MUERTE EN DALLAS

¿Quién mató a Kennedy?

Antonio Manzanera nos explica el resultado de sus investigaciones sobre el célebre magnicidio, que han dado pie a la novela "La suave superficie de la culata" (Umbriel).

texto ANTONIO MANZANERA



A las 12.30 del 22 de noviembre de 1963, la limusina presidencial que llevaba a John Fitzgerald Kennedy y su mujer entró en la plaza Dealey de Dallas. Casi todos los testigos coinciden en afirmar que escucharon tres disparos.

El primero falló su objetivo y levantó una esquirla del asfalto que hirió en la mejilla derecha a un hombre llamado James Tague, que se encontraba al otro lado de la plaza. El segundo disparo no produjo una herida mortal. Perforó la espalda del presidente y le salió por el cuello. Sin embargo, el tercer disparo resultó fatal. Alcanzó a Kennedy en la cabeza y le arrancó de cuajo parte del cráneo. Ese tercer proyectil segó la vida de uno de los presidentes más carismáticos de la historia de los Estados Unidos de América.

Han pasado ya cincuenta años, y desde aquel 22 de noviembre han circulado numerosas teorías acerca de la autoría y modo en que el crimen fue planificado y ejecutado: se ha hablado de una conspiración del servicio de inteligencia estadounidense, más conocido como la CIA. Pero, también, de grupos cubanos anticastristas, de industriales estadounidenses, de la mafia, del KGB, e incluso de un perturbado que actuó en solitario y que de manera casi milagrosa consiguió matar al presidente de los Estados Unidos. Y, curiosamente, esta última ha sido la tesis oficial defendida por el gobierno estadounidense hasta el día de hoy.

Pero, ¿cuál fue la realidad? ¿Quién estuvo detrás del asesinato de John F.



1. John Fitzgerald Kennedy y Richard Nixon antes de dar inicio a su célebre debate televisivo. 2. Vista aérea de Elm Street a su paso por Dealey Plaza, el lugar donde cayó asesinado JFK.

Kennedy? ¿Y por qué se produjo el magnicidio?

Algunas de estas cuestiones sirven de trasfondo a la trama de mi nueva novela, *La suave superficie de la culata*. Si en mi anterior obra de ficción *El informe Müller* (también en Umbriel) intenté aportar luz sobre el destino final del enigmático director de la Gestapo, Heinrich Müller, en esta ocasión trato de explicar las tramas que condujeron a aquel 22 de noviembre en la plaza Dealey.

La CIA no asesinó a Kennedy

Una de las teorías que más ha calado en la opinión pública ha sido aquella que hacía recaer la responsabilidad del magnicidio en la CIA. Realmente es un hecho constatado que ni la CIA era amiga de Kennedy, ni Kennedy era amigo de la CIA, de quien llegó a decir: "Voy a romper la CIA en mil pedazos, y luego los esparciré al aire". Sin embargo, la tesis de que el servicio de inteligencia estadounidense orquestó la operación de asesinato es incompatible con la lógica más elemental. ¿Qué ganaba la CIA con la muerte de Kennedy? ¿Hacerlo salir de la Casa Blanca?

Hay dos razones que excluyen completamente la tesis de que el servicio de inteligencia estadounidense tenía el menor interés en asesinar a JFK. La primera es que, si bien en el servicio había importantes empleados que odiaban al presidente, la cúpula de la CIA había sido depurada por Kennedy después del fiasco de Bahía de Cochinos, ocurrido más de dos años antes. Kennedy culpó a la CIA del fracaso de la invasión de la Cuba

castrista por los exiliados adiestrados por el servicio de inteligencia y cesó al director de la agencia, Allen Dulles, poniendo en su lugar a un hombre de su total confianza. No es cierto, pues, que la cúpula de la CIA fuese contraria al presidente. Pero hay una segunda razón aún más poderosa. Pocos meses después del asesinato, en 1964, iban a tener lugar las elecciones presidenciales, y la popularidad de Kennedy, si bien aún era alta, estaba cayendo en picado. En septiembre de 1963, dos meses antes del tiroteo en Dallas, se realizó una encuesta que arrojó un resultado descorazonador para los demócratas: la popularidad de JFK había alcanzado su punto más bajo de todo el mandato: un 56 por ciento de aprobación, y bajando. Con tales premisas, si la CIA quería a Kennedy fuera de la Casa Blanca bastaba con airear los trapos sucios del presidente durante la campaña electoral, y la puritana sociedad estadounidense se encargaría del resto. Si la idea era matar a Kennedy para sacar a los demócratas de la Casa Blanca, la jugada les salió mal: pocos meses después del asesinato, en 1964, el sucesor de JFK, Lyndon Johnson, barrió a su oponente republicano Barry Goldwater, a quien derrotó en 44 de los cincuenta estados.

Pucherazo en Chicago

Para encontrar al culpable debemos considerar el móvil del crimen. Y, si lo hacemos, nos daremos cuenta de que quienquiera que lo cometiese no solo quería a JFK fuera de la Casa Blanca, lo cual podía ocurrir con cierta facilidad unos meses más tarde. Lo quería

muerto. Y no podía esperar a ver si Kennedy perdía las elecciones. Quería verlo muerto en ese mismo momento, ese 22 de noviembre a las 12.30. Siendo esto así, ¿qué persona u organización que pudiese realizar el golpe tenía los medios para llevarlo a cabo? La respuesta es sencilla: la mafia.

En *La suave superficie de la culata* explico cómo las relaciones de la familia Kennedy con la Cosa Nostra vienen de muy atrás, cuando el padre de JFK, Joe, colaboró con varias familias mafiosas en negocios como el tráfico de licores durante la Ley Seca. Las relaciones de Joe con la mafia pasaron por altibajos, e incluso la Cosa Nostra llegó a poner precio por la cabeza del patriarca de los Kennedy, si bien este consiguió siempre salir bien parado.

Cuando el joven senador John Fitzgerald Kennedy se postuló para la presidencia de los Estados Unidos, la mafia vio su gran oportunidad. Desde siempre, el crimen organizado había apoyado al candidato republicano, pero si en esta ocasión ayudaba a Kennedy tendría asegurado un largo período de tranquilidad para sus oscuros negocios.

Las elecciones presidenciales de 1960 enfrentaron a JFK con el candidato republicano Richard Nixon. John Kennedy resultó vencedor por tan solo 113.000 votos, en un sufragio en el que estaban llamados a las urnas casi setenta millones de estadounidenses. Y hubo un caso particularmente sangrante: el estado de Illinois.

Illinois era un estado clave en las elecciones, y los resultados estaban muy apretados. En el total del estado, excluyendo Chicago, Kennedy ganó



por tan sólo 8.000 votos de un electorado total de casi cinco millones. Pero el escándalo llegó en Chicago: allí Kennedy ganó por 400.000 votos. ¿Cómo pudo hacerlo? Las sospechas recayeron en el capo de la mafia Sam Giancana, quien trasladó autobuses de votantes de una punta a otra de la ciudad para que votasen por Kennedy más de una vez, amenazó a los votantes que no querían votar a los demócratas e incluso llegó a conseguir que votasen por JFK ciudadanos ya fallecidos. El propio Giancana se vanaglorió de su hazaña, y en más de una ocasión llegó a decir que gracias a él Kennedy había sido elegido presidente de los Estados Unidos.

¿Cómo asesinar a Castro?

Sin embargo, la CIA no solo colaboró con JFK en su campaña presidencial. Había un problema que preocupaba a la Administración Kennedy y que se veía incapaz de resolver. Fidel Castro llegó al poder en Cuba a principios de 1959. En un primer momento, la Administración Eisenhower se apresuró a reconocer al gobierno castrista, pero las relaciones se deterioraron muy rápidamente. La aprobación por el gobierno de Castro de la primera Ley de Reforma Agraria y la nacionalización de las empresas de capital estadounidense marcaron el inicio del distanciamiento, que alcanzó su punto culminante cuando Fidel Castro se declaró públicamente comunista y aliado de la Unión Soviética. El presidente Eisenhower reaccionó imponiendo restricciones comerciales a la isla, y así se cesó la compra de azúcar y prohibió la venta de petróleo. Sin embargo, la asfixia económica decretada por

Eisenhower no tuvo el resultado apetecido de volver a la población contra Castro para derrocarlo. Fue entonces cuando, en Washington, se pensó que la mejor opción sería preparar la invasión de la isla.

En paralelo, la CIA recibió la orden de estudiar un plan alternativo y más barato: el asesinato de Fidel Castro. El servicio de inteligencia estadounidense, consciente de las graves repercusiones políticas que acarrearía una operación de tales características, pensó involucrar en el golpe a una organización que, además de contar con numerosos contactos en Cuba, compartía con el gobierno estadounidense un odio visceral contra Fidel Castro: la mafia italoamericana. La Cosa Nostra odiaba a Castro pues este, nada más llegar al poder, en 1959, emprendió una limpieza radical en los casinos de la mafia. Tal fue el caso, por ejemplo, del jefe de la familia mafiosa de Tampa (Florida), Santo Trafficante, cuyas propiedades en Cuba fueron confiscadas y él mismo expulsado de la isla por "indeseable".

Hubo dos intentos de la mafia para asesinar a Castro en colaboración con la CIA. El primero de ellos tuvo lugar a finales de 1960. Entonces, el coronel Sheffield Edwards, director de la oficina de seguridad de la CIA, contactó con el exagente del FBI Robert Maheu, quien en el pasado había colaborado con la agencia en operaciones de contraespionaje. Edwards indicó a Maheu que disponía de 150.000 dólares para financiar el asesinato de Castro, y Maheu, a su vez, llamó a un amigo, el conocido mafioso de Chicago Johnny Roselli.

Roselli pensó que los mejores aliados para realizar la misión serían el jefe de Chicago Sam Giancana y el propio Santo Trafficante. La CIA empezó a trabajar entonces en un veneno, y decidió que la manera más segura de conseguir su objetivo consistía en contaminar los puros de Fidel Castro con una toxina botulínica. Las pruebas que se hicieron en los laboratorios de la CIA dieron unos resultados espectaculares. El veneno era tan potente que bastaría con que Castro se llevase el puro a la boca para que cayese fulminado, sin necesidad de que tuviese que fumar el cigarro. Los investigadores de la CIA dieron por buenos los ensayos y finalmente, en febrero de 1961, los venenos fueron entregados a la mafia. Sin embargo estos nunca llegaron a administrarse a Castro, pues el hombre encargado de hacer el trabajo "se asustó".

En abril de 1962, la CIA reactivó sus planes de atentar contra Castro contando con la mafia italoamericana. En esta ocasión, el plan consistiría en poner veneno en la cena de Fidel durante una de las visitas que hacía a su restaurante favorito. La CIA autorizó el pago de unos 50.000 dólares de fondos de la agencia para pagar a la mafia. Cuando el dinero estuvo a punto, se facilitó junto con el veneno. Sin embargo, el plan no se llevó a cabo porque, sorpresivamente, Fidel Castro dejó de acudir a ese restaurante.

El 16 de agosto de 1963, el diario *Chicago Sun-Times* publicó una primicia: "La CIA recabó la ayuda de Giancana para espiar a Cuba". El escándalo fue sensacional, y aquello supuso el final oficial de las relaciones entre la CIA y la mafia.



1. JFK bromea con Frank Sinatra, enlace entre el presidente y el mafioso Sam Giancana. 2. Cena de mafiosos en un restaurante neoyorquino que incluye a Carlos Marcello y Santo Trafficante. 3. Giancana, el hombre que dio la presidencia a Kennedy. 4. El presidente se dirige hacia su muerte el 22 de noviembre de 1963. 5. Momento en que Lee Harvey Oswald es asesinado por Jack Ruby.

JFK traiciona a la mafia

Pero, si la mafia pensaba que el presidente les devolvería estos favores, pronto cayeron en su error. Una de las primeras decisiones de Kennedy fue nombrar a su hermano Bobby fiscal general (lo que en nuestro país correspondería a ministro de justicia), y este puso al FBI bajo sus órdenes y le encomendó perseguir el crimen organizado con toda dureza. Los resultados no tardaron en llegar: la presión policial sobre la mafia se intensificó, y las condenas contra mafiosos se multiplicaron por siete. Muy pronto, los hermanos Kennedy se convirtieron en las auténticas bestias negras de la Cosa Nostra.

Tal y como describo en *La suave superficie de la culata*, la mafia se sintió traicionada. La actitud de los Kennedy, aparte de una ingratitud, constituyó para ellos una vergüenza. Habían sido engañados como colegas. Los Kennedy se habían aprovechado de ellos, demostrando a todo el mundo que cualquiera con un mínimo de resolución podía engañar a la Cosa Nostra. Aquello era una afrenta que no podían perdonar.

Un jefe mafioso sentía un resentimiento especial hacia los Kennedy: Carlos Marcello. Marcello era jefe de la mafia en Nueva Orleans y había colaborado con la CIA en numerosas operaciones en el exterior. En 1961, Bobby Kennedy deportó a Marcello a Guatemala, pues en el pasaporte de Marcello figuraba ese país como su lugar de nacimiento. A su regreso a Estados Unidos, Marcello juró vengarse, y cuando JFK intensificó la guerra contra la Cosa Nostra, el jefe de Nueva Orleans encontró varios aliados como

Sam Giancana, Santo Trafficante y Jimmy Hoffa.

La "vendetta"

La Cosa Nostra organizó el golpe. Dispondrían de una sola oportunidad y no podían fallar, por lo que se decidió que tendría lugar en una ciudad que fuese fácilmente manipulable. Dallas era ideal. Se encontraba en un estado del sur, Texas, tradicionalmente enemigo de los demócratas y más aún de JFK. Además, la policía de Dallas era considerada la más corrupta de todo el país, y uno de los hombres de Marcello en Dallas, Jack Ruby, conocía a numerosos jefes de la policía de Dallas a los que tenía comprados y que frecuentaban su local de *striptease*. Esos policías, así como los contactos de la mafia en el FBI y la CIA, deseosos de cooperar, aportaron las informaciones necesarias sobre el trayecto de la caravana presidencial.

Es posible, pero poco probable, que el plan de la mafia fuese utilizar un solo tirador en el sexto piso del almacén de libros escolares desde donde teóricamente disparó Lee Harvey Oswald. Sin embargo, resulta más plausible la tesis de que la operación consistiese en un fuego cruzado. Según esta segunda tesis, no se sabe cuántos tiradores hubo, pero al menos serían dos. El primero de ellos, tal vez Oswald, se situó en el sexto piso del almacén de libros y desde allí disparó a Kennedy por detrás. Solo le acertó en la espalda. El tirador situado por delante, mucho más certero, le alcanzaría en la cabeza. Ese fue el disparo mortal.

Cuando Oswald fue detenido, la mafia temió que la conjura saliese a la luz pública, y así se ordenó a Jack



En *La suave superficie de la culata*, el lector encontrará una precisa descripción del modo de funcionamiento de la mafia, su estructura y sus negocios a través de la figura de su protagonista, Vincenzo Santino, un mafioso condenado a quince años en prisión al que, para su sorpresa, se le concede al poco tiempo la libertad condicional. Santino no tardará en descubrir que, tras su aparente golpe de suerte, se oculta un complot entre la Cosa Nostra y la CIA para asesinar a Fidel Castro, y que él será el encargado de ejecutarlo. Pero, apenas sale de la cárcel, una sorprendente intriga de narcotráfico, servicios secretos y crimen organizado lo arrastrará en una espiral interminable que dará lugar al enigma del asesinato de John Fitzgerald Kennedy (ver www.lasuavesuperficedelaculata.com).

La suave superficie de la culata

Antonio Manzanera
Umbriel

320 págs. 16,50 €.

Ruby que matase a Oswald fuese como fuese. Ruby lo hizo delante de las cámaras de todo el mundo el 24 de noviembre, después de que la policía le permitiese acceder armado al recinto policial donde custodiaban al detenido. A partir de entonces, la investigación de las autoridades estadounidenses tomó un rumbo claro: demostrar la autoría en solitario de Oswald. Todas las pruebas que apuntaban en esa dirección fueron presentadas a la Comisión Warren, encargada de investigar el crimen, mientras que aquellas que la rebatían fueron ocultadas.

Los defensores de la tesis de que Oswald actuó en solitario pretenden demostrar con ello que nadie indujo el asesinato del presidente, todo fue decidido y ejecutado por un solo hombre. Sin embargo, incluso en el caso de que no hubiese un segundo tirador, no puede excluirse la hipótesis de que la mafia planease asesinar a Kennedy con un único tirador.

Lo cierto es que la muerte de Kennedy y la posterior elección de Johnson, desde un punto de vista político, no supusieron una buena noticia para el electorado más conservador de los Estados Unidos. Con una sola excepción, la guerra de Vietnam, Johnson aceleró las reformas de Kennedy y las llevó más lejos de lo que el propio JFK había pensado. No obstante, el asesinato sí que cumplió un objetivo: saciar la sed de venganza de la mafia y demostrar al poder político estadounidense que el crimen organizado podía ser derrotado policialmente, pero nunca traicionado. Y la *vendetta* cobrada en la persona de John Fitzgerald Kennedy era la mejor prueba de ello. ■